EL *DIARIO ÍNTIMO* (CA. 1897) DE MIGUEL DE UNAMUNO COMO GERMEN DE SU ITINERARIO LITERARIO

TOMO CI · CUADERNO CCCXXIV · JULIO-DICIEMBRE DE 2021

RESUMEN: Compuesto por cinco cuadernillos y editado póstumamente, el *Diario íntimo* (ca. 1897) de Miguel de Unamuno surge de una crisis espiritual, y que desde luego no queda resuelta con su escritura (el desahogo), sino que su continuidad, a pesar de ser difícil de señalar en términos concretos, se mantiene a lo largo de toda su trayectoria vital y literaria. En este trabajo se aborda la génesis de esta obra, se analiza su género y se estudian sus temas principales, destacando las relaciones que vinculan al *diario* con diferentes obras, como *Del sentimiento trágico de la vida* (1912) o *El Cristo de Velázquez* (1920).

Palabras clave: Unamuno, *Diario íntimo*, ensayo, crisis espiritual, fe, razón, siglo xx.

THE *DIARIO ÍNTIMO* (CA. 1897) OF MIGUEL DE UNAMUNO AS GERM OF HIS LITERARY ITINERARY

ABSTRACT: Consisting of five booklets and published posthumously, the *Diario íntimo* (ca. 1897) of Miguel de Unamuno originated in a spiritual crisis which remained unresolved and brought him no relief through his writing; and even though its persistence may be hard to demonstrate in concrete detail, this crisis was to endure throughout his life and literary career. This article studies the origin of the *Diario íntimo*, analyses its generic features, and discusses its main themes, highlighting its links with other works, such as *Del sentimiento trágico de la vida* (1912) or *El Cristo de Velázquez* (1920).

Keywords: Unamuno, *Diario íntimo*, essay, spiritual crisis, faith, reason, xxth century.

A LO largo del tiempo, la obra de Miguel de Unamuno (1864-1936) ha sido objeto de una particular atención heurística que ha pretendido revelar la personalidad creadora y el pensamiento crítico de un escritor a menudo paradójico. Esto ha abierto una puerta apasionante a su universo interior y ha permitido hacer un análisis de su prolífica obra mucho más rico y sugestivo. Al aproximarnos a ella, no tardamos en darnos cuenta de que en Unamuno vida y obra van de la mano. Sus circunstancias personales fueron en numerosas ocasiones un momento germinal que se transformaría más tarde en un ensayo, una novela o un poema. En este sentido, su *Diario íntimo* (ca. 1897) representa un caso paradigmático¹.

Compuesta por cinco cuadernillos, esta obra, elaborada hacia finales de siglo y editada póstumamente, surge de una crisis que puede ser calificada de espiritual, y que desde luego no queda resuelta con su escritura (el desahogo), sino que su continuidad, a pesar de ser difícil de señalar en términos concretos, se mantiene a lo largo de toda su trayectoria vital². En el desarrollo de este estudio trataré de justificar esta idea destacando, especialmente, las notorias relaciones que vinculan el *Diario* con algunos de sus poemarios, como *El Cristo de Velázquez* (1920) o *Romancero del destierro* (1928), pero también con muchas de sus novelas y ensayos, tales como *Del sentimiento trágico de la vida* (1912), *La agonía del cristianismo* (1925) o *San Manuel Bueno, mártir* (1931)³.

¹ A lo largo de este trabajo abreviaré el título de esta obra de Unamuno: *Diario*. Asimismo, como las referencias a este texto serán reiteradas, cuando indique al final de una cita tan solo la página entre paréntesis, será indicio suficiente de que el ejemplo extraído es sobre la obra que estudio en este artículo.

² Son cuatro los cuadernillos que se consideran al tratar sobre el *Diario*; no obstante, existió un quinto cuaderno, citado en la correspondencia entre Abascal y Unamuno, que está extraviado; desde la primera edición en 1970 de esta obra, se ha incluido un quinto diario, que en realidad, como refiere González López, son «unas páginas procedentes de otro cuaderno similar, que sin embargo no podemos admitir como uno de la serie que se viene identificando como *Diario íntimo*», en Etelvino González López, «El *Diario íntimo* de Miguel de Unamuno», en Unamuno, *Diario íntimo 1897*, ed. de E. González López, Salamanca, Universidad de Salamanca, 2012, págs. 23-70 (la cita en la pág. 64); reconoce, además, que «podemos sospechar que aún fueran más de cinco [cuadernos] [...], pero ningún vestigio hay de otros sino del quinto [...], inencontrado».

³ Este trabajo representa un primer acercamiento, a modo de panorámica, de un tema que iré desgranando en otros análisis parciales que tengo en marcha con los que pretendo

Otros estudiosos han tratado ya de poner de relieve algunos de estos vínculos; Moeller, por ejemplo, analizó la relación que el *Diario* guarda con una de sus obras más tempranas, *La esfinge* (1898)⁴; por su parte, Mendizábal le prestó especial atención a las similitudes que compartía el *Diario* con *La venda* (1899) y los «Salmos» incluidos en sus *Poesías* (1907)⁵; Cuppet, finalmente, ha analizado este parentesco ideológico con *Abel Sánchez* (1917)⁶. Sin embargo, el estudio del *Diario* ha discurrido por derroteros diferentes; buena parte de la crítica ha visto el *Diario* como una nueva oportunidad de conocer las inquietudes del escritor vasco y de delimitar mejor su perfil metafísico. En este sentido, el juicio de Zubizarreta representa un buen dechado de la tendencia que ha adoptado la crítica al enfrentarse a esta obra: «puesto que, sin duda, estamos frente a un texto confesional, consideramos que lo importante es enfocar con sumo cuidado en el protagonista»⁷; en la misma línea, González López ha valorado el *Diario* como un «documento auxiliar valiosísimo para el acceso a la interioridad» de Unamuno⁸. Desde esta ladera, se han ocupado de las fuentes del *Diario* y de su composición.

LA GÉNESIS DEL «DIARIO ÍNTIMO»

En 1957 Armando Zubizarreta da cuenta del hallazgo de un manuscrito que Unamuno escribió durante uno de los momentos más estudiados de su vida, la crisis religiosa de 1897⁹. El descubrimiento de este conjunto de cuadernillos

culminar un estudio integral, centrado en las vinculaciones ideológicas que mantiene el *Diario* con un importante grupo de textos literarios que Unamuno compuso en diferentes momentos de su trayectoria vital.

⁴ Charles Moeller, «Miguel de Unamuno y la esperanza desesperada», en *Literatura del s. XX y cristianismo*, IV, Madrid, Gredos, 1960, págs. 53-165.

⁵ Juan C. Mendizábal, «Fe ciega: Ceguera religiosa en *La venda*, *Diario íntimo* y *Los salmos* de Unamuno», *Letras de Deusto*, VI, 11, 1976, págs. 129-143.

⁶ Cathleen G. Cuppet, «La salvación en *Abel Sánchez* a través del *Diario íntimo* de Miguel de Unamuno», *Romance Notes*, XXXIV, 1, 1993, págs. 23-29.

⁷ Armando F. Zubizarreta, «La derrota del protagonista de la búsqueda (Unamuno: *Diario íntimo* de 1897)», *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, 32, 1997, págs. 397-412; la cita en la pág. 399.

⁸ Unamuno, *Diario íntimo*, págs. 57-58.

⁹ Antes del hallazgo del manuscrito, Unamuno había divulgado su existencia e incluso lo había hecho circular entre varios amigos muy íntimos; González López, en Unamuno,

al que, como formando un todo, Zubizarreta dio el nombre de *Diario íntimo* y que no se publica por primera vez hasta 1970, supone, tal y como apunta González López, «una nueva posibilidad de ampliar horizontes, ayudando a profundizar en la rica peripecia interior de Unamuno, descubriendo claves de su vida y de su personalidad»¹⁰. Esta obra, tan sumamente rica en matices como desconocida, desempeña un papel fundamental dentro del mundo unamuniano. En ella encontramos un fiel reflejo de los aspectos más destacables de su vida y de su personalidad; además, se significa como una pieza clave para la interpretación de muchos de sus textos, pues, tal y como he apuntado ya, el proyecto que Unamuno esboza en este diario es, sin duda, un semillero de ideas a las que volvería después para desarrollarlas con el empleo de diferentes fórmulas literarias. Así lo cree, por ejemplo, González López, quien sostiene que de este diario derivan, además de las obras ya mencionadas, otras como *Nicodemo el fariseo* (1899), *La esfinge* (1898) y *Cómo se hace una novela* (1927)¹¹.

Por otro lado, es importante destacar que la relación de reciprocidad constatada entre la vida y la obra del escritor vasco queda perfectamente proyectada sobre su *DI*; no obstante, es necesario aclarar que cuando hablamos de su vida lo hacemos refiriéndonos, más que a su biografía social, a su

Diario íntimo, págs. 55-62, analiza en un breve apartado el interés que despertó entre personas próximas a Unamuno este texto desde que fue compuesto.

¹⁰ Etelvino González López, «Místicos renanos en el *Diario íntimo*», en A. Chaguaceda (coord.), *Miguel de Unamuno. Estudio sobre su obra IV: actas de las VII Jornadas unamunianas*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 2009, págs. 159-180; la cita en la pág. 159. El *Diario* se publica por primera vez en sus *Obras completas*, VIII, ed. de Miguel García Blanco, Madrid, Escelicer, 1970 (simultáneamente se hizo una tirada independiente de esta obra, Madrid, Escelicer, 1970). En ese mismo año se realizó una edición popular, publicada por Alianza editorial (Madrid), que le ha dado al texto una larga vida editorial. En los últimos tiempos, contamos con varias ediciones más. El texto fue incluido en el tomo VII de las *Obras completas*, ed. de Ricardo Senabre, Madrid, Biblioteca Castro, 2005, págs. 263-394; dos años después apareció en Barcelona, Ediciones Folio, 2007, en una edición comercial. La edición más rigurosa es la que ha culminado González López, ya citada, con una notable introducción y abundantes notas que aclaran el sentido de muchos pasajes del texto; se acompaña también de una edición facsimilar de los cuadernillos. En la parte introductoria, González López (en Unamuno, *Diario íntimo*, págs. 65-67) ha consignado todas las ediciones del texto, que se acompaña de una breve reseña muy ilustrativa.

¹¹ Unamuno, *Diario íntimo*, pág. 40.

biografía íntima. En este diario, se ve reflejada una parte importante de ese intimismo del que brotan las grandes cuestiones vitales que fueron convirtiéndose en el centro de su circunstancia y de su producción.

En lo que respecta a su vida, resulta interesante cómo él mismo recogió en *Recuerdos de niñez y mocedad* (1908) muchas de sus vivencias que nos acercan a descubrir su infancia. En estos primeros años de su biografía, tuvieron lugar dos hechos fundamentales que determinarían algunos de los rasgos de su carácter; la muerte de su padre, por un lado, y, por otro, el Sitio de Bilbao tras el estallido de la Tercera Guerra Carlista (1872-1876)¹². Tales hechos quedaron también reflejados en su novela *Paz en la guerra* (1895), en la que utilizó ese contexto bélico que él mismo sufrió para plantear la relación del *yo* con el *mundo*, a través de la idea, casi siempre presente en sus obras, del acabamiento con la muerte.

Todos los sucesos que se fueron desarrollando a lo largo de los años de su intensa vida, tanto académicos como personales, contribuyeron a la configuración de esa personalidad tan marcada, calificada por muchos de «agónica». A este respecto, si hay algo que interesa destacar especialmente es la crisis de 1897. Para ello, tendremos que situarnos, en primer lugar, a finales de 1896, momento en el que la salud de Unamuno experimenta altibajos; sufre hipcondría, lo que provoca que la angustia sentida se vea incrementada a través del miedo real que experimenta por una posible angina de pecho; esta sensación será transformada por su psicología dramática en esa idea del acabamiento¹³. Su estado de salud influirá también en el estallido de esa crisis y, en consecuencia, en la redacción del diario. Por otro lado, surge de forma paralela el sufrimiento que le provoca la enfermedad de su hijo Raimundo Genaro¹⁴; Unamuno recoge en una nota suelta, bajo el título de *Hydrokephalia*¹⁵, el dolor que le produce

¹² El *Abc literario*, «El misterio inicial de mi vida», 16 de agosto de 1996, da cuenta de un texto inédito de Unamuno que hace referencia al posible suicidio de su padre.

¹³ González López, en Unamuno, *Diario íntimo*, pág. 25.

¹⁴ Raimundo Genaro (1897-1902), el tercero de sus nueve hijos, sufrió meningitis, lo que le provocó una hidrocefalia que resultó fatal y acabó con su vida a los seis años de edad. Durante todo este tiempo Unamuno vivió intensamente la enfermedad de su hijo, sobre la que no pudo dejar de reflexionar, convirtiéndose en parte de su angustia.

¹⁵ Este escueto trabajo, probablemente de marzo-abril de 1896, suele identificarse como origen inmediato del *Diario*.

verlo entre la vida y la muerte, así como el idiotismo, que identifica como algo peor que el acabamiento en sí mismo. Esa obsesión por el estado de su hijo es identificada por la crítica como uno de los factores decisivos que provocará el estallido de su crisis unos meses después.

No obstante, a comienzos de 1897, las preocupaciones de Unamuno nada tendrían que ver con aquellas que harían llevar su «agonía» al punto culminante. Durante los meses de enero y febrero, lo que le mantenía inquieto eran cuestiones como la acogida entre el público de *Paz en la guerra* o la búsqueda de un editor para *Nuevo mundo*, mientras preparaba, además, su *Filosofía de la religión*, que le permitió adentrarse en estudios teológicos y místicos. Sin embargo, a mediados de marzo, se produce una ruptura con todo esto y esas inquietudes quedan reemplazadas por otras de carácter espiritual, dando lugar a lo que se conoce como crisis religiosa, a la que el propio Unamuno se referirá así después:

Pero allá a finales de marzo caí de repente y sin saber cómo ni por dónde en un estado de inquietud y angustia por el que había pasado hace ya años [...]. La obsesión de la muerte y más que de la muerte del aniquilamiento de la conciencia me perseguía. Pasé noches horribles, de insomnios angustiosísimos y vino a añadirse a esto el tormento de darme a cavilar si sería todo ello principio de trastorno mental, debido acaso a lo excesivo de la intensidad de estudio y meditación a que me había entregado, un estallido de mi intelectualización aguda¹⁶.

Pere Corominas, con quien mantuvo correspondencia, cuenta que en una carta el propio Unamuno explicaba su crisis como «una descarga fulminante que le hirió en mitad de la noche [...]. Al día siguiente Unamuno lo abandonó todo y fue a encerrarse en el convento de los dominicos de Salamanca donde se quedó tres días»¹⁷. Durante estos días de retiro permanece en una celda buscando el sosiego y la paz a través de la oración. En este contexto, recurre a su antiguo confesor, un religioso del Oratorio de San Felipe Neri, quien le invita

¹⁶ *Apud.* González López, en Unamuno, *Diario íntimo*, pág. 27. Carta, datada el 21 de octubre de 1897, que Unamuno escribe al profesor Rafael Altamira, catedrático de la Universidad de Oviedo y Director general de Enseñanza Primaria, muy ligado a la Institución Libre de Enseñanza.

¹⁷ *Apud.* González López, en Unamuno, *Diario íntimo*, pág. 29.

a pasar la Semana Santa en la casa Oratorio de Alcalá de Henares, hecho en el que podría estar el origen del propio diario. Es interesante tener en cuenta la afirmación que Fernández González hace con respecto a este mismo suceso:

Sigo sosteniendo que la crisis religiosa de 1897 comprometió de un modo u otro la vida entera de don Miguel de Unamuno. Fue una agonía religiosa que se convirtió en el eje de toda su actividad futura y, por tanto, en clave de la interpretación de su vida y de su obra. Me parece que el episodio de Alcalá es el fundamento del criterio valorativo de su quehacer literario, tan estrechamente ligado a la vida de su autor¹⁸.

No cabe duda de que, con este hecho, comienza la historia del *Diario*, ya que Unamuno acepta esta invitación y acude allí, casi con toda seguridad, el día 9 de abril, viernes de dolores, para regresar después, el día 19, lunes de Pascua, a Salamanca. El autor del *Diario* no vuelve a casa de la misma manera en la que parte hacia el oratorio, pues la experiencia vivida durante esos días habría marcado, sin duda, su forma de entenderse a sí mismo y de entenderse en el mundo¹⁹.

Como testigo de esa experiencia personal y espiritual queda ese cuaderno de bitácora que es su *Diario*, en el que reunió notas de lectura, citas de otros textos a través de los que Unamuno meditaba continuamente, referencias litúrgicas, un abundante número de citas bíblicas y, lo que es más importante, un fiel reflejo del estado de su alma. Nace así su *Diario íntimo*, no con el objetivo de que experimentase una difusión pública, sino con el de mantenerlo en privado y utilizarlo como un medio para encontrarse a sí mismo. El conocimiento de estos textos nos permite realizar un viaje introspectivo a través de su filosofía y su obra. Se trata de la vivencia de una situación límite recogida en unos cuadernos en los que los temas tratados serán los mismos que después convivan con los de su creación literaria, como ideas que quedan simplemente señaladas para volver a retomarlas más adelante²⁰.

¹⁸ Ángel Raimundo Fernández González, «Nueva lectura del *Diario íntimo* de Unamuno», *Cuadernos de la Cátedra de Miguel de Unamuno*, 32, 1997, págs. 369-377; la cita en la pág. 371.

¹⁹ Véase González López, en Unamuno, *Diario íntimo*, pág. 30.

²⁰ Esta forma de componer es frecuente en Unamuno; en su ensayo *A lo que salga*, por ejemplo, explica detalladamente la génesis de su novela *Paz en la guerra* (1897) con las pala-

EL «DIARIO ÍNTIMO» Y EL ENSAYO: CONFLUENCIAS GENÉRICAS

Las circunstancias en las que se escribe esta obra, el género al que se acoge y el hecho, ya mencionado, de que no fuera concebida para su publicación, le confieren un carácter catártico que hace que sea un texto plagado de contradicciones y vacilaciones que nos permite adentrarnos en las inquietudes humanas de este escritor. En este sentido, conviene que ofrezcamos algunas notas parciales siquiera sobre el género literario de esta obra. El diario se caracteriza, principalmente, por la ausencia de un receptor ajeno al emisor, pues se escribe no para ser publicado ni leído, sino para uno mismo, con la única intención de comunicación con el propio «yo»; además, tiene la cualidad de ser un texto infinito, una especie de *opera aperta* que nunca podemos dar por cerrada y en la que el contenido viene organizado por una permanente mirada introspectiva²¹.

Este género guarda una estrecha relación con el ensayo, considerado la gran creación literaria de la modernidad. En ambos es el libre fluir del pensamiento del autor lo que determina la forma, dando lugar a la divagación, fragmentación... El propio Unamuno aseguraba que el ensayo es una forma de «escribir a lo que salga», de reseñar el pensamiento en el momento en que

bras que copio a renglón seguido: «escribí primero un cuento y, apenas lo hube concluido, caí en la cuenta de que podía servir de embrión a una novela, y me puse a empollarlo»; véase Carlos Clavería, *Temas de Unamuno*, Madrid, Gredos, 1970, pág. 50.

²¹ Conviene indicar de antemano que estamos ante un título facticio, puesto por Zubizarreta al descubrir el texto en 1957. No obstante, Unamuno, en su correspondencia con varios amigos a los que les confió el texto, se refirió a esta obra en diferentes ocasiones como «cuadernos» o «cuadernillos» —denominaciones con las que se alude más que al género, a la materialidad del texto—, términos muy usados también entre sus diferentes correspondientes. Sin embargo, en 1897 Unamuno también se refirió a este texto como «mi diario de estos meses», con lo que parece justificado el título con el que se ha vulgarizado esta obra (aunque algún lector como Soltura se refirió a la obra como «memorias», entre los primeros receptores el término que más abunda es el de «diario»). González López, en Unamuno, *Diario íntimo*, pág. 55, sostiene que la obra no puede ser catalogada como memorias ni autobiografía (aún menos como confesión o autorretrato), y defiende su carácter de «diario»; no obstante, tal designación también ha suscitado opiniones en contra, como la de Antonio Dorta, «Breve biografía del *Diario íntimo*», en *Antología de diarios íntimos*, Barcelona, Labor, 1963.

nace, sin la pretensión de persuadir al lector de unos contenidos, sino de la necesidad de pensar en ellos, tal y como hace también en su diario. Aullón de Haro sostiene que «[e]scribe ensayísticamente quien compone experimentando, quien de este modo da vueltas de aquí para allá, cuestiona, manosea, prueba, reflexiona»²². Cuestión que guarda una estrecha relación con la concepción que Picard sostiene, en este caso, sobre el diario, que puede entenderse como el modo en que «una conciencia organiza sus reacciones frente a la realidad [...]. En su calidad de confesión centrada sobre sí mismo, el diario es la imagen filtrada a través de un temperamento particular, el proyecto de una idea, más inconsciente que consciente, que el yo tiene de sí mismo»²³. Con esto, vemos que es el propio yo el que se hace especialmente presente en el ensayo, por lo que tendrá una mayor caracterización aún en el diario, lo que se puede apreciar con facilidad en la lectura del *Diario*, donde nos encontramos sin duda con el Unamuno más íntimo, auténtico y real.

En 1890 se publica la primera edición de los diarios de Amiel que, junto con otros como el de Rousseau o Senánccour, ofrece una nueva perspectiva: el diario sale de la privacidad para trascender a lo público, a lo literario²⁴.

²² Pedro Aullón de Haro, «El género ensayo, los géneros ensayísticos y el sistema de géneros», en Vicente Cervera (coord.), *El ensayo como género literario*, Murcia, Universidad de Murcia, 2005, págs. 13-24; la cita en la pág. 21. Merece también la pena destacarse, entre los numerosos trabajos dedicados a teorizar sobre el diario, el estudio de Álvaro Luque Amo, «El diario personal en la literatura: Teoría del diario literario», *Castilla. Estudios de literatura*, 7, 2016, págs. 273-306, que cuenta además con una amplia y actualizada bibliografía complementaria.

²³ Hans Rudolf Picard, «El diario como género entre lo íntimo y lo público», *Anuario de la Sociedad Española de Literatura General y Comparada*, IV, 1981, págs. 115-122; la cita en la pág. 116. Sobre la cualidad «silenciosa» del diario, resulta muy sugerente el trabajo de Manuel Hierro, «La comunicación callada de la literatura: reflexión teórica sobre el diario íntimo», *Mediatikas: cuadernos de medios de comunicación*, 7, 1999, págs. 103-127.

²⁴ Para que esto ocurra, explica Picard, se dan dos condiciones. La primera, de carácter ontológico: tanto el diario personal como la literatura de ficción son una producción textual que parte de un yo. La segunda, sin embargo, es una condición de carácter histórico: nos encontramos en el siglo XIX, momento en el que se desarrolla especialmente el interés por lo antropológico, por el valor del individuo y el elemento autobiográfico, por lo que no es de extrañar que este interés encontrara en el auténtico diario lo que buscaba, un documento que se encarga de describir la relación del yo con el mundo, que presenta, por tanto, el

Unamuno, a pesar de no escribir uno de estos diarios, no permanece ajeno a esta tendencia y la influencia de estos autores hace que sea él quien abra una ventana nueva de posibilidades desde España hacia una Europa íntima que empieza a cobrar carta de naturaleza. Podemos decir que sus ensayos fueron una especie de primera confesión personal de un español para el resto del mundo. Con esto, Unamuno inaugura una nueva línea literaria, en la que cristaliza gran parte de la originalidad que lo define, y que podemos encontrar no solo en la forma de expresión y en el contenido, sino también en la intención socioliteraria. La crítica ha puesto de relieve que Unamuno lo que hace es «cortarse» una especie de traje a su medida tomando, además de elementos europeos, otros que, sin proponérselo, desentierra de la propia tradición literaria hispánica²⁵.

Es también Marichal quien identifica a Unamuno como un «Amiel del ágora», puesto que, al contrario que este, no pudo limitarse a escribir un diario íntimo, sino que su necesidad de ejercer una acción inmediata sobre sus coetáneos le llevó a actuar «desde el púlpito»²⁶. Recordemos que él mismo, quizás sin pretenderlo, deja constancia en *La agonía del cristianismo* (1925) de lo que podemos considerar el lema y el propósito de su literatura de confesión: «El fin de la vida es hacerse un alma»²⁷. Con todo esto, no resulta difícil concluir que no se contentó solo con hacerse su propia alma, sino que quiso, además, acercar a los demás, a través de las reflexiones de sus ensayos, a encontrar la suya propia, siendo en esto, principalmente, donde radica su diferencia con Amiel, quien se caracteriza por un fuerte solipsismo²⁸. De hecho, hay quienes afirman que el conjunto de ensayos de Unamuno con-

modo de percepción del mundo de un individuo concreto y cómo se percibe a sí mismo en él. Así comienzan los diarios a hacerse notar como género autónomo; se conciben desde este momento para ser publicados, con lo que, como apunta H. R. Picard, «el monólogo es ahora un monólogo que los demás escuchan», «El diario como género», pág. 118.

²⁵ Juan Marichal, *La voluntad de estilo*, Madrid, Revista de Occidente, 1971, pág. 172.

²⁶ Marichal, *La voluntad de estilo*, pág. 173. Sin embargo, la lectura atenta del *Diario* no permite sostener esa idea de forma absoluta, como más abajo trataré de explicar.

²⁷ Miguel de Unamuno, *La agonía del cristianismo*, ed. de Agustín García Calvo, Madrid, Alianza editorial, 2013, pág. 28.

²⁸ Véase Alex R. Nadal, «La pasión de los diarios íntimos: del narcisismo de Elíade al solipsismo de Amiel», *Revista internacional de Filosofía*, 28, 2003, págs. 51-66.

forma una especie de diario *éxtimo*, pues tanto en estos como en sus cartas lo que hace es abrir su interior a un público en el que busca, al igual que en sí mismo, al *hombre*. El propio Unamuno confiesa en una carta a Marañón lo siguiente: «¿Qué han sido todos mis escritos sino diarios gritados en la plaza pública? ¿íntimos? Más bien éxtimos. Hay que verter la entraña en las entrañas de la sociedad»²⁹. Y es que, tal y como recoge Marichal en *Teoría e historia del ensayismo hispánico*, Unamuno siente y ve a sus lectores como «prójimos en soledad», lo que le hace tender a una aproximación individual, por medio de la cual poder comprender cuáles son los conflictos del hombre, pues considera que son los mismos para todos y que, a través de estos, se puede encontrar la esencia del ser³⁰.

El caso del *Diario*, sin embargo, y a pesar de guardar una estrecha vinculación con el ensayo, es diferente. En él encontramos una especie de viaje, un camino personal y espiritual que pretende conducir al encuentro de la auténtica libertad. «El hombre es la conciencia de la naturaleza y en su aspiración a la gracia consiste la verdadera libertad»³¹. Estas palabras que Unamuno recoge en la primera página de su diario han de servirnos para adentrarnos en ese universo apasionante que nace como la más sincera expresión de unas vivencias concretas; si un diario no es otra cosa que un reflejo de vida recogido como un eco de la consciencia de quien lo escribe, el sentido del propio *Diario* bien podría aquilatarse en la cita anterior. No obstante, González López hace una interesante reflexión acerca del proceso *íntimo-éxtimo* en Unamuno, y sostiene que también en el *Diario* hay un determinado momento en el que la escena interior deviene exterior³². Se produce un cambio de destinatario, Unamuno parece no escribir ya solo para sí mismo y se explaya más en explicaciones al mismo tiempo que reduce las confidencias y hace apuntes sobre más lecturas y más largas. Diferencia que es especialmente observable entre los cuadernos I-II y III-IV.

²⁹ *Apud.* González López, en Unamuno, *Diario íntimo*, pág. 57. La carta data del 28 de enero de 1933.

³⁰ Juan Marichal, *Teoría e historia del ensayismo hispánico*, Madrid, Alianza editorial, 1984.

³¹ Unamuno, *Diario íntimo*, pág. 71.

³² González López, en Unamuno, *Diario íntimo*, pág. 56.

LA ESENCIA DEL «DIARIO ÍNTIMO» A TRAVÉS DE SU TEMÁTICA

La lectura del *Diario* nos ofrece un recorrido en el que aparecen temas sustanciales, quizás aparentemente dispersos entre sí, pero con una coherencia interna que se revela a medida que vamos comprendiendo la situación límite en la que Unamuno se encuentra inmerso mientras escribe.

Así, un sentimiento de pesadumbre y casi nihilista será, a menudo, el matiz que tengan en común los diferentes asuntos que se suceden, sin obedecer a un orden lógico o predeterminado, sino como ideas desperdigadas que quedan reconcentradas en el momento en el que llegan a la mente o, más bien, al corazón atormentado de un Unamuno que atraviesa la crisis más importante de su vida y cuya huella quedaría impregnada en todo cuanto escribiera después³³. Para Boero, cuestiones como la angustia, el desasosiego o las meditaciones teológicas que aparecen en el *Diario* constituyen un marco espiritual importante para percibir en la escritura del mismo la búsqueda de un sentido religioso³⁴. Por lo que esta crisis, de carácter fundamentalmente espiritual, va a ser la que determine el tema central del *Diario íntimo*, la fe, que aparece como eje axial a partir del cual se desarrolla otra serie de ideas. La fe es el elemento sobre el que se sustenta no solo la obra, sino la propia intención de Unamuno de escribirla; tanto su presencia como su ausencia resultan siempre perturbadoras en la consciencia de Unamuno. «Más que creer, quiero creer» sostiene³⁵, y será esta voluntad de creer la que atraviese cada página de este diario, en el que resulta fundamental la forma constante en la que recurre a la fe. Para Unamuno, «la verdad de la fe se prueba por su existencia»³⁶, y lo cierto es que, según vemos en el *Diario*, no puede (o no quiere) negar que exista. Idea que se muestra con un aparente contrasentido, pero que

³³ Pedro Cerezo Galán, en *Miguel de Unamuno «Ecce Homo»: la existencia y la palabra*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 2016, págs. 63-66, habla de la experiencia del nihilismo en Unamuno como consecuencia de la crisis finisecular.

³⁴ Mario Boero, «La espiritualidad teológica del *Diario íntimo*», *Cuadernos hispanoamericanos*, 440-441, 1987, págs. 231-235; la cita en la pág. 231.

³⁵ Unamuno, *Diario íntimo*, pág. 123.

³⁶ Unamuno, *Diario íntimo*, pág. 84.

cobra pleno significado si entendemos, tal y como subraya Cerezo Galán³⁷, que este estilo unamuniano erizado de paradojas y supuestas contradicciones es el reflejo del agonomismo de su autor, de esa angustia vital que le provoca no encontrar la paz, pues vive inmerso en una indecisión continua que no le permite alcanzar el equilibrio que busca³⁸.

Prueba de esto es el hecho de que en el segundo cuaderno (de los cuatro que conforman el *Diario*) se identifica la fe como un cebo ilusorio que le lleva al aniquilamiento y al que, sin embargo, siempre acaba volviendo; de esta forma concluye que quien le conduce hacia ella ha de ser Dios y no él mismo. De manera que si cree que es Dios quien le mueve, está reconociendo su existencia, y si la reconoce ¿lo hace gracias a la fe? Es el propio Unamuno el que se encarga de dar una respuesta: «Condúctete como si creyeras y acabarás creyendo»³⁹. Quizás no cree, pero actúa como si lo hiciera; aflora aquí la voluntad de creer a la que antes me refería. No se puede negar el afán con el que Unamuno busca creer, persigue que la fe le libere de la «esclavitud de la lógica», como indica él mismo⁴⁰, y deja el diario plagado de reflexiones que giran en torno a esta idea. De esta forma va siguiendo ese camino hacia la gracia al que aludía al inicio, aunque esto no será una línea constante, pues al no ser el diario una obra concebida para su lectura, encontramos un transcurso lleno de altibajos, con ideas que se contradicen y otras que se complementan, lo que hace que la lectura se convierta, cuando menos, en una experiencia sorprendente y, sobre todo, apasionante.

Vemos cómo Unamuno trata de conducirse por el camino de la fe, y para hacerlo se apoya en diferentes elementos buscando las condiciones necesarias para llegar a ella. Así, desde el primer momento y a lo largo de todo el diario, identifica la humildad como un instrumento necesario para poder aspirar a Dios. El hecho de considerarlo algo indispensable hace que se repita a sí

³⁷ Cerezo Galán, *Miguel de Unamuno «Ecce Homo»: La existencia y la palabra*, pág. 61.

³⁸ González López, en Unamuno, *Diario íntimo*, pág. 56, sostiene que no podemos perder de vista que el *Diario* está afectado de fragmentariedad y de cotidianidad, características que imponen una lectura diacrónica y, solo teniendo en cuenta esta diacronía, se puede comprender lo que se ha llamado metamorfosis del yo, evitando así insostenibles calificaciones de contradicción o incoherencia.

³⁹ Unamuno, *Diario íntimo*, pág. 185.

⁴⁰ Unamuno, *Diario íntimo*, pág. 163.

mismo y en diferentes ocasiones lo siguiente: «¡Humillación, mucha humillación! ¡Humillación para llegar a la humildad!»⁴¹. Y con esto nos encontramos con otro de los temas recurrentes en el *Diario*, la humillación de la razón, pues para Unamuno es una condición *sine qua non* para llegar a esa humildad indispensable: «Donde el exceso es dañino es en la razón»⁴². No deja de repetir que la razón conduce al nihilismo, siendo la fe la única vía que permite alcanzar la verdad. Idea que reaparece en *Del sentimiento trágico de la vida*, donde Unamuno advierte sobre el peligro de creer con la razón y no con la vida⁴³. En este sentido, Medina manifiesta que

[c]omo en Goya, la razón produce pesadillas en Unamuno. Pesadillas surgidas de la impotencia que se tiene para negarla. La verdad es la verdad puesta en la escena de la realidad. Existe como un fantasma verídico, que con su facticidad borra las zonas de la irracionalidad, tan cara al ser humano⁴⁴.

Volvemos a ver cómo las ideas del autor colisionan violentamente entre sí y, a pesar de considerar la razón como algo pernicioso y opuesto a lo que necesita, no puede dejar de razonarlo todo. De hecho, es él mismo quien reconoce que su pérdida de la fe se debe a un racionalismo excesivo que provoca la resistencia del hombre a los misterios, donde cree que radica la verdad. A Unamuno se le plantea el problema del *obsequium rationale* a los dogmas, y lo que rechaza no son los misterios, sino la irracionalidad de los mismos⁴⁵.

En este devenir constante entre fe y razón se encuentra Unamuno, que sufre una lucha perpetua contra su propio racionalismo, en un deseo profundo de encontrarse, de conocerse a sí mismo. Esta aspiración se convierte también en una de las ideas que le acompañan en este momento, y a la que recurre en diferentes ocasiones. Pero el autor del *Diario* no anda buscando

⁴¹ Unamuno, *Diario íntimo*, pág. 195.

⁴² Unamuno, *Diario íntimo*, pág. 117.

⁴³ Unamuno, *Del sentimiento trágico de la vida*, ed. de Pedro Cerezo Galán, Barcelona, Espasa Libros, 2011, pág. 116.

⁴⁴ Celso Medina, «Razón y fe en el *Diario íntimo*, de Miguel de Unamuno», *Espéculo. Revista de estudios literarios*, 27, 2004, s.p.

⁴⁵ Luis Frayle Delgado, «La muerte en el *Diario íntimo* de Unamuno», *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, 31, 1996, págs. 89-97; la cita en la pág. 91.

el tópico, ni aún menos quiere pensar al modo de los filósofos, por lo que señala que, verdaderamente, saber lo que hay en cada uno es «conocerse como tal individuo concreto y vivo, como al yo individual y concreto, vaso de miserias y de pecados, de grandezas y pequeñeces»⁴⁶. Idea que casa totalmente con la situación que vive en el retiro espiritual, donde se analiza a sí mismo junto con sus desdichas y virtudes, sus deseos y sus miedos.

En medio de este proceso de búsqueda en su interior se produce un encuentro con una parte esencial de su yo, el recuerdo de su infancia. Unamuno, sostiene Clavería, siempre busca con tesón al niño, a aquel mozo del que proviene en cuerpo y consciencia⁴⁷. La niñez se convierte así en una de esas grandezas del ser en la que poder buscar la humildad que tanto ansía. Se trata, además, de un tema que desarrollará después, otorgándole un papel fundamental, en su novela de 1908 *Recuerdos de niñez y mocedad*, donde reconoce que «solo conservando una niñez eterna en el lecho del alma [...] es como se alcanza la verdadera libertad y se puede mirar cara a cara al misterio de la vida»⁴⁸. «¡La niñez!, más o menos claro, de nuestra niñez es el bálsamo que impide la momificación de nuestro espíritu. En las horas de sequedad y abandono, cuando se toca el tremendo *vanidad de vanidades*»⁴⁹. Unamuno confiesa una vez más la situación límite en la que se encuentra; esas horas de sequedad y abandono de las que habla son, sin lugar a dudas, las mismas en las que se ve envuelto en ese momento en el que encontrarse con el recuerdo infantil llega a suponer un alivio, casi una esperanza. Esta huida hacia una dirección «trascendente», hacia esa soñada vuelta a la fe infantil supone, para Tanganelli, un gesto aun excesivamente romántico que contrasta con el sentimiento nihilista que en otras ocasiones lo caracteriza⁵⁰.

Con esto, Unamuno continúa su búsqueda persiguiendo las cualidades necesarias para aspirar a Dios. Así, comienza a reflexionar sobre la bondad.

⁴⁶ Unamuno, *Diario íntimo*, pág. 107.

⁴⁷ Clavería, *Temas de Unamuno*, pág. 9.

⁴⁸ Unamuno, *Recuerdos de niñez y mocedad*, en *Obras completas*, VII, Madrid, Biblioteca Castro, 2005, pág. 473.

⁴⁹ Unamuno, *Diario íntimo*, pág. 187.

⁵⁰ Paolo Tanganelli, *Hermenéutica de la crisis en la obra de Unamuno entre finales del XIX y comienzos del XX: la crisis del 97 como posible exemplum de la crisis finisecular*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 2001, pág. 19.

La importancia de ser bueno se convertirá en una idea a la que otorgará una gran relevancia, aunque, eso sí, lo hará partiendo de la premisa de que, en realidad, solo Dios es bueno. El hombre podrá, por tanto, aspirar a serlo, pero nunca por completo. El tema de la bondad no aparece solo en el *Diario*, sino que adquiere un significado importante en otras obras suyas. En *San Manuel Bueno, mártir* (1931), por ejemplo, la idea se manifiesta ya desde el propio título de la novela, pues la carga simbólica del apellido del párroco de Valverde de Lucerna, Bueno, intenta ser un reflejo de la imagen que los habitantes del pueblo tienen de don Manuel. Estos identifican la bondad como una de sus principales cualidades, compartiendo la creencia de Unamuno de que para llegar a Dios es indispensable ser bueno. Esta idea aparece también encarnada en Blasillo «el bobo», pues la ausencia de maldad en este personaje lo sitúa cerca de Dios, en posesión de una fe sincera y alejada de la razón. No obstante, no solo en esta obra de 1931 aparece el tema de la bondad, pues en *Del sentimiento trágico de la vida* (1912) Unamuno había sostenido que «la bondad es la mejor fuente de clarividencia espiritual»⁵¹.

En el *Diario íntimo*, resulta curiosa la forma en la que el escritor encuentra esa bondad en Dios: «En esta tranquilidad no estoy tranquilo; estando en calma deseo agitación, aunque la deseo calmamente. Esta es la prueba mayor de la Bondad de Dios»⁵². Esto es una muestra clave de la incertidumbre diaria en la que vive, un ejemplo de las contradicciones interiores a las que ha de enfrentarse continuamente, y que son, al mismo tiempo, las que le hacen sentirse vivo; suponen por eso mismo una prueba de la bondad de Dios, aunque esta sea también abordada desde otras perspectivas. Una nueva visión es la que aporta Timoteo Orbe en una carta que Unamuno recibe, y de la que deja constancia en el *Diario*, donde le dice que hay que ser bueno hasta con uno mismo, y señala además que encuentra en él una tendencia mística que no le agrada⁵³. Unamuno recoge entonces en su diario lo que parece una respuesta a esto: «Me ha estado halagando el que me llamaran místico»⁵⁴. Tan solo unas

⁵¹ Unamuno, *Del sentimiento trágico de la vida*, pág. 9.

⁵² Unamuno, *Diario íntimo*, pág. 119.

⁵³ Timoteo Orbe fue un escritor y líder del movimiento obrero con quien Unamuno mantuvo correspondencia.

⁵⁴ Unamuno, *Diario íntimo*, pág. 133.

líneas después, como arrepentido, lo reformula expresando lo que puede entenderse como un voto de censura contra su anterior afirmación: «¡Cuánto daño hace ese neo-misticismo, ese falso misticismo de soberbios y ociosos, sensuales y borrachos! Hay que ser bueno»⁵⁵. Como vemos, ninguna idea aparece aislada en el *Diario*, sino que todo, a pesar de no ser premeditado, obedece a una conexión interna, funcionando como un sistema articulado casi a la perfección. A pesar de las oscilaciones, sostiene González López que el *Diario* viene conformado por una gran unidad, pues es la marca secuencial de una angustiada búsqueda de la razón de ser y junto a su fundamento en Dios⁵⁶. Por esto, no es raro encontrar explícitamente también la forma en la que se da esta armonía: «Solo la bondad interior santifica las obras buenas. Y la bondad interior es la humildad, cuya forma es la fe»⁵⁷. No cabe duda de que Unamuno sigue, con esto, intentando dibujar el camino de su propia salvación.

Si en su búsqueda Unamuno se encuentra con que la humildad y la bondad son dos de esos elementos necesarios, será la oración la fórmula con la que intente llegar hasta ellas. La oración tiene un papel importantísimo dentro del *Diario*, desde el más inmediato comienzo hasta el final del mismo. Unamuno recurre a ella como fuente de sosiego, como el único camino capaz de conducirlo a Dios. Por esto mismo, le otorga prioridad ante todo lo demás y sostiene, con una frase muy visual, que «hay que gastar más las rodillas que los codos»⁵⁸. Sin embargo, una vez más, Unamuno muestra cómo sus intenciones flaquean y, a pesar de las numerosas ocasiones en las que queda constancia de que acude a la oración (como vemos en la paráfrasis que hace del Padrenuestro o en la lectura diaria del Evangelio⁵⁹), siempre lo hace desde un intelectualismo del que no logra liberarse. No obstante, a pesar de este racionalismo excesivo que le lleva a la pérdida de la fe, sigue considerándola como «la única fuente de la posible comprensión del misterio»⁶⁰. Quizás sea aquí, en este devenir constante

⁵⁵ Unamuno, *Diario íntimo*, pág. 133.

⁵⁶ González López, en Unamuno, *Diario íntimo*, pág. 58.

⁵⁷ Unamuno, *Diario íntimo*, pág. 150.

⁵⁸ Unamuno, *Diario íntimo*, pág. 141.

⁵⁹ A juicio de Boero, «La espiritualidad teológica», pág. 235, «la abundancia de citas bíblicas en el *Diario* pone de relieve la preocupación unamuniana por el Espíritu que se desprende del Evangelio».

⁶⁰ Unamuno, *Diario íntimo*, pág. 214.

entre la fe y la razón, donde se fundamenta la existencia del propio *Diario*, y no solo de este, sino también de gran parte de la producción literaria y ensayística del autor, donde no resulta difícil encontrar esta sensación continua de saber qué camino quiere tomar y, sin embargo, estar siempre en el opuesto; estamos ante la imposibilidad eterna de casar sus dos mundos. Según Boero, «Unamuno parece decir ¿qué hago con mi razón a medida que experimento una vida espiritual?, ¿cómo distingo razón de fe?, ¿es posible que mis pensamientos sobre la divinidad reduzcan Su presencia en mí cuando Ella es pensada?»⁶¹.

En el centro de estas dos posiciones, aparentemente incompatibles, surge en Unamuno la idea de que en él habitan «dos hombres», fácilmente reconocibles también por nosotros como lectores. Señalé antes que Marichal identificaba a Unamuno como un «Amiel del ágora», sin embargo, ahora se puede comprobar que la imagen que presenta en el *Diario* es completamente distinta, pues habla de vivir en la realidad de uno mismo y no en la apariencia que toman los demás de él, y así se refleja en momentos como este: «El Miguel que ellos conocían, el del escenario, ha muerto, y al morir ha dado libertad al Miguel real y eterno [...]. La costra está seca, quiero vivir en mí donde tengo a mi Dios»⁶². Todas sus reflexiones acaban volviendo una y otra vez sobre la misma idea, sobre el objetivo de encontrarse a sí mismo, encontrar a Dios o, lo que es lo mismo, encontrar su propio camino. Sobre este mismo tema, acaba deteniéndose en el cuarto cuaderno, donde trata sobre el hombre exterior y el hombre interior, incidiendo en la necesidad de ambos. Es cierto que lo hace refiriéndose a la vida de la Iglesia, pero podría considerarse lícito hacer aquí una interpretación de sus dos «yoes»: el Unamuno del ágora y el íntimo que se muestra en las páginas de este diario. En este sentido, Savignano ha identificado también en la novela existencial de Unamuno la presencia de estas dos formas del yo: uno interno, sustancial y eterno, y el otro externo, histórico y factual, o, desde otro punto de vista, el yo profundo y el yo de la superficie; en suma, dos yoes que se disputan el alma⁶³.

⁶¹ Boero, «La espiritualidad teológica», pág. 233.

⁶² Unamuno, *Diario íntimo*, pág. 153.

⁶³ Armando Savignano, «Religión e ilusión en Unamuno: el nihilismo», en A. Chaguaceda (coord.), *Miguel de Unamuno. Estudio sobre su obra I*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 2003, págs. 185-193; la cita en la pág. 189.

No obstante, antes de afirmar que los dos hombres son necesarios, hay todo un proceso en el que prevalece la angustia vital que, a pesar de estar presente en todo el diario, en los primeros cuadernos (en los que encontramos más esperanza) se presiente en menor medida, y es a partir del tercero cuando la tristeza y el desasosiego le invaden casi por completo, como él mismo confiesa: «me queda la tristeza por lote mientras viva»⁶⁴. Lo cierto es que, como lectores, no podemos saber si este pesar que impregna las páginas del *Diario* le acompañaría hasta el final de sus días, pero sí que podemos intentar comprender su mundo interior a través de sus textos. Estos nos invitan a creer que esta contundente afirmación a la que acabamos de hacer referencia estaba en lo cierto, pues el sentimiento agónico impregna gran parte de su producción literaria. Clavería apunta que quizás la agonía unamunesca caminaba hacia la desesperación más absoluta en la última etapa de su vida, lo que demuestra que este sentimiento trágico en Unamuno nunca desaparece⁶⁵.

En medio de este vacío existencial, una de las cuestiones que atormenta a Unamuno es la imposibilidad de elegir, pues podemos encontrar en él un sentimiento de responsabilidad excesivo y un gran temor a cometer errores: «No quiero querer, quiero obedecer. Que me manden»⁶⁶. A nosotros como lectores y, en este caso, como testigos de sus confesiones directas, nos cuesta imaginar a un Unamuno rendido, abatido, como nunca habría deseado sentirse. Con esta desesperanza aparece la idea del suicidio⁶⁷, al mismo tiempo que comienza a cuestionar a Dios. Aparece un matiz diferente de la personalidad de Unamuno, que se muestra ahora decepcionado, casi enfadado al ver que no logra encontrar un sentido. Sin embargo, tan solo unas líneas después de este planteamiento, confiesa lo que copio aquí: «Tengo que humillarme aún más, rezar y rezar sin descanso, hasta arrancar de nuevo a Dios mi fe o

⁶⁴ Unamuno, *Diario íntimo*, pág. 183.

⁶⁵ Clavería, *Temas de Unamuno*, pág. 95.

⁶⁶ Unamuno, *Diario íntimo*, pág. 170.

⁶⁷ La idea del suicidio es otro de los temas a los que Unamuno recurrirá en futuras obras, otorgándole un papel especial en *San Manuel Bueno, mártir*, cuyo protagonista afirma: «Mi vida, Lázaro, es una especie de suicidio continuo, un combate contra el suicidio que es igual», *San Manuel Bueno, mártir*, ed. de Mario Valdés, Madrid, Cátedra, 2006, pág. 147.

abotargarme y perder conciencia»⁶⁸. De nuevo, la fe aparece como la única solución posible al problema; la religión en Unamuno representa una ilusión consoladora que, por otra parte, está presente en toda su obra⁶⁹.

Con la idea del suicidio, reaparece la imagen aterradora de la muerte, que no deja nunca de perseguirlo, convirtiéndose en otro de los temas principales del *Diario*, correspondiéndose esta vez con las reflexiones más negativas y dolorosas (asociada siempre a ese temor invencible que Unamuno siente ante el aniquilamiento, ante la nada). Para él, es la enfermedad del intelectualismo la principal responsable, la que conduce a ese vacío profundo que siente⁷⁰. Se puede volver a observar cómo cada reflexión apunta al mismo fin; ante esta enfermedad hay un proceso de curación que se corresponde con el camino que quiere seguir para encontrar su libertad.

Por otro lado, quizás otra de las características más especiales del *Diario* sea la forma en la que el propio Unamuno da una posible respuesta a aquello que él mismo cuestiona; así, a pesar de abordar la muerte, no resulta extraño encontrar poco después comentarios donde aparece la esperanza, y cuando lo hace es siempre vinculada a la idea de Dios, y normalmente a través de la oración: «Es preciso intentar de vez en cuando concebirse y sentirse no siendo. De este horror se saca temor de Dios y esperanza»⁷¹. Evidentemente, no se trata de un sentimiento esperanzador muy común, pues la personalidad de Unamuno es tan intensa que, incluso para encontrarlo, necesita sentirse en medio del horror. Esto nos permite adentrarnos con mayor conciencia en la magnitud de la crisis a la que se enfrenta; si analizamos los personajes de sus obras, no tardamos en caer en la cuenta de que en ellos se ve reflejada esta personalidad, esta idea de que «de la desgracia brota la esperanza»⁷². Los personajes de *San Manuel Bueno, mártir* nos sirven de ejemplo una vez más, pues entre ellos encontramos, por un lado, a don Manuel, «un héroe trágico que se debate entre su increencia y su voluntad y necesidad de creer, [...] la

⁶⁸ Unamuno, *Diario íntimo*, pág. 177.

⁶⁹ Savignano, «Religión e ilusión en Unamuno», pág. 187.

⁷⁰ Clavería le dedicó un capítulo de su obra *Temas de Unamuno*, págs. 63-96, a abordar esta patología, identificada como la «enfermedad de Flaubert».

⁷¹ Unamuno, *Diario íntimo*, pág. 139.

⁷² Unamuno, *Diario íntimo*, pág. 157.

misma tragedia de don Miguel»⁷³; y, por otro, comprendemos cómo la esperanza vuelve a aparecer vinculada a la idea de Dios, ya que en esta obra son los aldeanos, aquellos que poseen una fe sana y ajena a las vacilaciones, los únicos que parecen vivir en paz, lejos del conocimiento y la razón.

En el *Diario* resulta evidente cómo, ante los sentimientos dolorosos, Unamuno recurre siempre a Dios, el bálsamo que repara. «Hágase tu voluntad» repite en numerosos momentos⁷⁴, pues asume que cumplir la decisión de Dios es el único camino para alcanzar esa paz que busca desde el inicio. Ahora bien, esto da lugar a un nuevo conflicto, pues necesita saber cuál es esta voluntad. Esta cuestión le lleva a detenerse en un aspecto en el que no había reparado anteriormente y que, sin embargo, resulta de gran interés, pues podríamos estar ante el *nimbo* que daría lugar a la composición de *El Cristo de Velázquez*. Se trata de la humanidad de Cristo; Unamuno señala que no basta con creer en la divinidad de Cristo, en su ideal, sino que «hay que creer en él mientras es hombre»⁷⁵. Vencer lo humano para llegar a lo divino, esto es lo que, según señala, hizo Jesús, y lo que él mismo intenta realizar en este camino. Sandoval hizo una interesante reflexión al plantear por qué eligió Unamuno «El Cristo Crucificado» de Diego Velázquez, respondiendo que «lo eligió porque para él representaba la paz y el sosiego que nunca tuvo»⁷⁶.

No obstante, el resultado de esta idea vuelve a ser el desasosiego, puesto que es imposible vencer lo humano, en tanto que él es en sustancia eso, humano. En cierta medida, encuentra consuelo en esta imagen de Jesús, pues repara en que tuvo que luchar contra su humanidad, al igual que ahora lo está haciendo él: «¡Qué terribles horas debieron de ser las de la oración de Jesús en el huerto del olivar, cuando luchaba con su humanidad! [...] La lucha, la terrible lucha fue para vencer la humanidad»⁷⁷. Unamuno siente

⁷³ Carlos Mata, «Unamuno, del ensayo a la novela filosófica: *La agonía del cristianismo y San Manuel Bueno, mártir*», *Hispanica Polonorum*, 3, 2001, págs. 121-130; la cita en la pág. 124.

⁷⁴ Unamuno, *Diario íntimo*, pág. 190.

⁷⁵ Unamuno, *Diario íntimo*, pág. 189.

⁷⁶ Antonio Sandoval, «*El Cristo de Velázquez* como única vía de acceso a Dios», en A. Chaguaceda (coord.), *Miguel de Unamuno. Estudio sobre su obra I*, pág. 38.

⁷⁷ Unamuno, *Diario íntimo*, págs. 196-197.

con esto que su lucha tiene un sentido y que, además, puede encontrarlo en algo concreto: «la Eucaristía es la forma de este Cristo Humanado, es el gran escándalo de los idealistas, la gran contradicción de los soberbios, la piedra de toque de la humildad»⁷⁸.

Sin embargo, como acaba ocurriendo siempre en Unamuno, esta misma idea que aparentemente le produce calma es, al mismo tiempo, la que hará reaparecer esa lucha interior a la que antes me refería; vuelve sobre el problema de los dos hombres, y lo hace a través de una reflexión que encierra gran parte de la esencia del propio Unamuno: «Parece imposible que escriba yo estas cosas y que luego me rebele contra ellas. ¿No soy acaso sincero al escribirlas? O ¿no lo soy al revolverme contra ellas? O ¿es que hay en mí dos yos? [...] O ¿es que Dios mueve mi mano y esto que escribo no lo escribo yo sino un Espíritu que en mí mora?»⁷⁹. De esta lucha interna que vuelve a aflorar nace la idea de la insinceridad como algo que comienza a perseguirle y, como siempre, provoca que vuelva a plantear otra cuestión: «¿Es que acaso no me estoy sugestionando y creando en mí un estado ficticio e insincero?»⁸⁰. Unamuno sospecha estar engañándose a sí mismo; cree estar provocando una falsa consciencia a la que llega a través de la lectura de libros de devoción, con el deseo de encontrar en ellos una fe que le otorgue la calma.

Esta psicomauia le lleva a reflexionar sobre la vanidad, algo en lo que antes (aunque sin detenerse) ya había reparado: «Funesta vanidad que sacrifica el alma al nombre»⁸¹. Unamuno confiesa por primera vez en el *Diario* su vanidad, su ego, y resulta de gran interés, por ejemplo, que señale el deseo, mientras redactaba algunas de sus cartas, de que el destinatario las conservara. Algo parecido piensa con respecto al *Diario*: «Estos mismos cuadernillos, ¿no son una vanidad?, ¿para qué los escribo?, ¿he sabido acaso tenerlos ocultos como fue mi primer propósito?»⁸². En realidad, esa vanidad de la que habla puede identificarse como algo prácticamente inherente a la condición humana y social; por esta razón, considera también que él mismo no puede librarse de

⁷⁸ Unamuno, *Diario íntimo*, pág. 189.

⁷⁹ Unamuno, *Diario íntimo*, pág. 189.

⁸⁰ Unamuno, *Diario íntimo*, pág. 191.

⁸¹ Unamuno, *Diario íntimo*, pág. 194.

⁸² Unamuno, *Diario íntimo*, pág. 195.

esta condena, y apunta que «Dios me ha concedido el que esa enfermedad de mi alma quedara oculta, el que no trascendiera esa *joización*»⁸³.

EL «DIARIO ÍNTIMO» COMO GERMEN DE UN ITINERARIO LITERARIO

Después de este recorrido por las preocupaciones de Unamuno (el aniquilamiento de la conciencia, cumplir la voluntad de Dios, la dicotomía fe y razón...) caemos en la cuenta de que resulta complicado resolver el enigma que se encierra en medio de tantas contradicciones; no obstante, sí que podemos deducir algo: el sufrimiento innegable en el que Unamuno se encontró inmerso, su forma de sentir, de contradecirse, de pensar e incluso de rezar. Todo ese dolor queda recogido, magistralmente, al final de su diario: «Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Los que lloran, no los que sufren. Lloran los que sufren con humildad. El Consolador es el Espíritu Santo»⁸⁴. Hay algo más que no podemos cuestionar, y es que, como indica Pérez, «[e]l *Diario íntimo* es la más vívida expresión de la agonía unamuniana [...]. Después del *Diario* cualquier escrito estará impregnado de ese sentido agónico»⁸⁵. De resultas, el universo creador de Unamuno bien puede ser entendido como un único proyecto, como una obra total, de manera que, si sometiéramos a un análisis minucioso otras obras suyas, encontraríamos en ellas la proyección, no solo del sentido agónico del *Diario*, sino también de otras ideas, que se coordinan y subordinan a esta.

Así, en *Del sentimiento trágico de la vida* (1912) vemos cómo las preocupaciones de Unamuno siguen siendo las mismas, pues sostiene que el verdadero problema vital, el que alcanza más a las entrañas (y que es también el problema de nuestro destino individual y personal), es la inmortalidad del alma⁸⁶. A lo largo de *Del sentimiento trágico de la vida* volvemos a encontrar

⁸³ Unamuno, *Diario íntimo*, pág. 201.

⁸⁴ Unamuno, *Diario íntimo*, pág. 253.

⁸⁵ Roberto Pérez, «Diario íntimo y agonía en Unamuno», *Zurgai*, o, 1979, págs. 15-17; la cita en la pág. 17.

⁸⁶ Unamuno, *Del sentimiento trágico*, pág. 52.

aspectos que no son en absoluto nuevos, pues ya quedaron recogidos en el *Diario*, tales como el temor al aniquilamiento de la conciencia, el querer creer, las dudas, el conflicto entre fe y razón, la importancia de la bondad... Temas que además se mantienen en *La agonía del cristianismo* (1925), donde también reaparecen otros como la lucha de los dos «yoes» que sigue siendo la eterna disputa entre fe y razón, el tema de la Eucaristía o la presencia de pasajes del Evangelio. Además, la vinculación entre estas dos obras ensayísticas con el *Diario* nace también desde la propia forma, pues según ha quedado señalado el diario y el ensayo son dos géneros afines que buscan el diálogo con la propia conciencia.

No obstante, la pervivencia del *Diario* es fácil de detectar en obras que quedan al margen de la narración pura. Si este diario refleja la vida, la esencia, lo más íntimo de su autor, en su poesía, entendida no como una simple manifestación de la belleza o del sentimiento estético, sino como una idealidad que pone de manifiesto un sentimiento profundo, una cualidad del alma de quien la escribe, podemos rastrear muchas de las inquietudes que transitan por el *Diario*. Así, si Unamuno encontró en el diario el medio de plasmar las vivencias de uno de los momentos más importantes de su biografía, la crisis de 1897, será la poesía el medio que escoja para acrisolar los sentimientos de otros de los episodios más influyentes de su vida, tal y como hace, por ejemplo, en su *Romancero del destierro* (1928). Confesó Unamuno en carta a Arzadun, fechada en 1897, que en los cuadernos que ha estado escribiendo durante los últimos siete meses «anoto cuanto se me ocurre, y pienso, y siento, y descubro en mí»; pero le confió algo aún más revelador: «en mi diario de estos meses tengo cantera para muchos artículos»⁸⁷. En esta carta, escrita con el *Diario* aún en fáfara, Unamuno ya atisbó que esta obra podía ser una mina para otros estudios; no reveló, sin embargo, que también lo sería para otro tipo de obras fronterizas entre la literatura y el ensayo.

Estas consideraciones preliminares nos permiten comprender que la experiencia básica de la obra total de Unamuno queda compendiada casi en su totalidad, como si de un pequeño universo interior se tratase, en el *Diario íntimo*, cuyo análisis supone la constatación de que, efectivamente, en el centro de toda la problemática de Unamuno siempre está el debate entre vida

⁸⁷ *Apud.* González López, en Unamuno, *Diario íntimo*, pág. 64.

y muerte, entre fe y razón; siendo esta la lucha que provocó en 1897 el estallido de su crisis religiosa, y lo que, por tanto, sustenta toda la creación del *Diario*. La obra entera de Unamuno, tal y como sostiene Posada, «se está mirando siempre en el espejo de la muerte, en el angustioso vivir al borde del no vivir; el terror que causa este naufragio es la fuente de la riqueza y la complejidad de su estructura filosófica»⁸⁸. Estas palabras resultan esenciales para definir lo que ocurre en Unamuno, esa idea que he tratado de plasmar a lo largo de estas páginas, según la cual es precisamente todo este debate interior, el abismo al que nuestro escritor se enfrenta, el que convierte su obra en un todo tan rico como complejo. Acercarse a él supone, sin la menor duda, el encuentro con una de las personalidades más profundas, completas y fascinantes de la literatura española contemporánea.

LAURA MARTOS TRUJILLO
Universidad de Jaén

⁸⁸ Edward Andrés Posada Gómez, «Una fe desesperada. La antropología religiosa de Miguel de Unamuno», *Veritas*, 29, 2013, págs. 97-117; la cita en la pág. 100.